



Pedagogía ignaciana: un modelo para aprender a estar, a vivir, compartir, comunicarse, a comulgar, a ser

Francisco Serrano, S.J.

Coordinador de pastoral
Colegio Gonzaga, Maracaibo - Venezuela

Nuestra condición humana en medio de la pandemia ha tenido la dificultad inmensa para gestionar la realidad al no poder agarrarse a lo conocido con un mínimo de fiabilidad. Como personas necesitamos prever qué va a pasar, tener una seguridad básica y creer que se pisa suelo firme, aunque esto nunca sea tan real como se piensa. En este tiempo de confinamiento somos más conscientes de cómo todo puede variar y como nos vemos abocados a renunciar a una seguridad que antes considerábamos un poco incondicional e indudable.

La pandemia ha sido un tiempo en el que nos hemos visto obligados a dialogar con nuestras imperfecciones. Producto de ese diálogo hemos llegado a sentir que nuestras imperfecciones no nos restan dignidad, solo evidencian nuestra fragilidad. Y hoy por más que las circunstancias nos puedan y sintamos que se estrecha el horizonte de nuestra capacidad para la libertad, siempre permanece un resquicio abierto para el próximo paso posible.

No sabemos si este tiempo de pandemia nos ha hecho mejores. Considero que nos ha enfrascado en un miedo que es ruido. Hay ruido de rompimiento en la sociedad, en la política, en nuestras comunidades educativas. Quizá

necesitemos de esa brisa silenciosa donde sí está Dios.

En este contexto particular, estamos invitados a cultivar la necesidad renovada para habitar el presente, es decir, habitar el día a día con toda la cabeza y el corazón, igual consigue que el mañana y su inseguridad permanezcan en un segundo plano. Estamos convocados a gozar de lo cotidiano como ese don de Dios que no siempre sabemos reconocer. En tiempos de pandemia no podemos ofrecer una vida perdida en palabras vacías, que engrandece la soledad.

El papa Francisco nos invita a un nuevo modo de vivir la fraternidad, a renovar esta condición por la cual muchas personas se reconocen hermanos, un solo cuerpo. Es por ello que precisamos responsabilizarnos de nuestros hermanos, suscitar a la fraternidad universal, percibir que la persona que sufre, emigra, mendiga, muere de frío es mi hermano y, por tanto, no se puede ser indiferente.

Educación en este contexto de pandemia no es otra cosa que humanizar. Y Jesús humaniza a Dios y lo hace posible al hombre. La invitación de la pedagogía ignaciana, es instituir y concebir relaciones de una honda humanidad



colocando el valor siempre en la dignidad del ser humano, de todo ser humano. Se trata de fundar cada día un amor que viene de Dios y llega a los hermanos.

La pedagogía ignaciana nos invita a tener la audacia de recuperar el nosotros. El planteamiento pedagógico ignaciano nos recuerda que la experiencia humana se muestra en un espacio relacional, y aunque biológicamente el hombre es calificado como ser pensante, llega a existir como ser humano en un espacio que se establece en la relación con los demás. Así, la condición humana adquiere un sentido en la manera de relacionarse unos con otros en el mundo.

La espiritualidad ignaciana como eje transversal de nuestro accionar educativo, nos invita como personas a cuestionar nuestras mentalidades intransigentes, rígidas y cerradas, en donde muchas veces la persona ocupa un lugar secundario en el ámbito de las relaciones. En este contexto de pandemia estamos convocados desde nuestra misión educativa a seguir rescatando lo humano desde el mandamiento del Amor, el cual tiene tres destinatarios desde la fraternidad, igual de importantes. Dios, al que debemos amar con todo nuestro amor, vida y conocimiento, al Prójimo, sin exclusiones, sin limitaciones por condición, origen o realidad y nosotros mismos, sin egoísmo. Esto supone una dinámica que necesita tomar conciencia de dónde estamos y a dónde queremos

ir, que precisa de paciencia, de cuidados y de decisión.

Este mundo herido, desnudado por el coronavirus nos hace caer en la cuenta de nuestra dependencia, fragilidad y limitación. El horizonte desde nuestra misión educativa es construir el cómo salir de toda autosuficiencia, y descubrir la necesidad del Otro y de los otros, que no vivimos solos, sino interconectados en una pobreza que nos enriquece con la humanidad diversa. Y nos invita a hacer el bien; bien que no entiende de bandos, sino de personas, de sufrimiento y de oportunidades.

Construir la fraternidad universal es estar empeñado por cuidar y buscar el bien de los otros, entrañas capaces de compadecerse ante el dolor ajeno, cultivar la delicadeza, la sensibilidad, la inquietud por el cuidado del otro y su bien, el respeto sagrado a la conciencia. Nuestra misión de educar hoy con base a la espiritualidad ignaciana nos debe seguir impulsando a vivir nuestra condición humana desde la fraternidad, reconociendo que la fraternidad dice familia, la única capaz de generar y regenerar la vida. El reto es hacernos conscientes que hoy se necesitan formas en donde la vida en el planeta se sostenga en el significado de la vida cotidiana, con dinámicas diferentes y adaptadas al contexto de pandemia.

Asumir nuestra acción educativa desde la pedagogía ignaciana, es tener coraje para ensuciarnos las manos y dar la cara en la búsqueda de nuevos valores más cercanos a la libertad, la justicia, la



solidaridad, el amor y la felicidad humana, ya que la verdadera comunión con Dios se verifica en las opciones operativas. Es por ello que se hace necesario manifestar este amor. El rostro del amor es la fraternidad. La cordialidad sin exclusiones. El antídoto frente a la falta de cordialidad que mata, frente al exclusivismo que silencia a unos frente a otros, frente a la fractura, división o descarte.

El objetivo que visualizo rápidamente al pensar en una estrategia para educar en este contexto particular, es que todo nuestro sistema de educación se debe enfocar en la reconstrucción del tejido social. Hoy contamos con un modelo de sociedad y de hombre que estructuralmente tiene consigo los síntomas del hombre nuevo: corrupción, el paternalismo del estado, la guerra, el hambre, la violencia, el aprovechamiento.

Nuestro modelo educativo ignaciano ha de contribuir a que el hombre se descubra a sí mismo, descubra el mundo y su profundo significado, el cual, no es indiferente el concepto de hombre y de mundo que tenga.

Para ello es necesario enfocarse en la formación de una nueva antropología a partir de los valores, los cuales son considerados como un sentir, en donde, se conjuga emoción y conocimiento. El valor se da en el sentimiento; pero, percibir el valor es una característica de lo humano. Para que el hombre perciba el valor como una dimensión propia de su humanidad se hace ineludible una

instrucción explícita para habilitarse a enfocar con precisión la realidad de los valores como condición reflexiva hacia el bien de otro.

La instrucción necesaria no radica en agregar al sujeto un componente extraño, (ideologías) sino en explicitar con la atención y la reflexión algo que ya se encuentra implícito en su naturaleza humana.

Se trata de aplicar principios que tienen que ver con la dignidad humana, con el respeto a la ley, con la convivencia democrática y con los valores de la libertad, la justicia y la solidaridad como fundamento de la nueva sociedad.

El proceso de humanización tiene su asiento importante en la escuela que a través de diferentes herramientas que pone en práctica el educador, lo orienta hacia el logro de metas que lo hacen ser integrante de una sociedad con principios morales, éticos y democráticos que son parte de sus derechos como ser humano.

Nuestra misión educativa debe ser una alianza de esperanza, un futuro, en términos de posibilidades de construcción. Para la nueva sociedad, la educación debe ser una oportunidad y un tiempo para recuperar el pensamiento, para reimplantar la práctica y la palabra, que suelen ser reemplazadas con sesgo autoritario; una oportunidad para centralizar la enseñanza en las prácticas sociales y para relacionar la teoría con la práctica



De allí que nuestras instituciones educativas sigan impulsando la búsqueda de diversas estrategias y orientaciones que les permitan fomentar espacios donde el educador pueda aprender nuevas informaciones y desarrollar, al mismo tiempo, varias competencias orientadas en aspectos principales de la gestión administrativa y pedagógica con la finalidad de crear las condiciones de una sociedad que refleje y determine la profunda responsabilidad con lo que se aspira hacer: protección con las ideas y principios, empatía con el otro, respeto por el otro.

Para educar, maestros y profesores no solo tienen que tener un buen conocimiento de los contenidos curriculares y capacidad de enseñarlos, sino que también requieren habilidades, estrategias y trabajo colaborativo para gestionar la vida afectiva y relacional del grupo de clase y la convivencia positiva que cuide de los aprendizajes.

Nuevas comprensiones de la importancia de la calidad de los contextos para el desarrollo humano, reclaman una cultura escolar más humanizada que integre conocimientos, emociones y relaciones y que enseñe a conocer, a convivir y a trabajar juntos, a transformar y mejorar la sociedad y enseñe a ser desde el amor como el fundamento de la vida humana.

Aprender es convivir y los estudiantes se van a transformar según sean las relaciones en los espacios donde convive. El docente tiene la

responsabilidad de desarrollar contextos educativos de calidad, que sean saludables para todos los miembros de la comunidad educativa y favorezcan la creación de comunidades de aprendizaje, que potencien el desarrollo personal y los aprendizajes de los educandos

Con los conocimientos que hoy se disponen, se debe avanzar hacia una educación que ayude a alcanzar madurez, entendimiento, respeto mutuo y relaciones más pacíficas y colaborativas. Que contribuya de forma decisiva a formar personas felices, autónomas, responsables y solidarias. El acento de nuestra misión educativa debe estar orientado en el deseo de contribuir en una educación más humanizada, que contribuya a desarrollar y expresar el afecto y las emociones en los estudiantes.

Nuestro modelo pedagógico inspirado en la espiritualidad ignaciana, nos debe seguir retando en este contexto de pandemia a seguir creando y soñando una escuela y una educación para aprender a estar y apostar por la redondez del mundo, vivir, compartir, comunicarse, a comulgar, a ser.

En relación con el propósito de educar para una nueva antropología desde la escala de los valores se evidencian ciertos elementos de la pedagogía del amor: alegría, espiritualidad, tolerancia, asombro y expresividad, como formas de realización o acción que debe ejecutar el docente para promover la



valoración y enriquecimiento de la experiencia social de la vida de los estudiantes. Esto conlleva un lugar de convivencia y de sensibilidad, donde el revelar y construir sentidos colectivamente, bajo estas cualidades, consienta el avance pleno e integral de los educandos.

La pedagogía del amor en su planteamiento metodológico se desarrolla, bajo el enfoque de cinco componentes que forman parte del quehacer pedagógico, invita al docente a favorecer prácticas de aprendizaje que le permita vivir a los estudiantes un mundo más humano, donde el desarrollo de sus potencialidades y cualidades tengan sentido desde una convivencia solidaria y armónica.

De lo antes expuesto expresa Maturana (2017) “Cuando decimos que amar educa, lo que decimos es que el amar como espacio acoge al otro, que lo dejamos aparecer, escuchando lo que dice sin negarlo desde un prejuicio, supuesto, o teoría... Se va a transformar en la educación que nosotros queremos. Como una persona que reflexiona, pregunta, que es autónoma, que decide por sí misma”¹

Por ello se considera que, la acción educativa en manos de la comunidad escolar, con énfasis especial en el docente, debe saber colocar al alcance y orientar a los estudiantes el compartir

sus alegrías, avivar la espiritualidad, dignificar los niveles de expresividad, manejar asertivamente expectativas, necesidades y ritmos de actuación, y movilizarse en el asombro; promoviendo así, ambientes de relaciones sociales participativas, afectuosas, con libertad de lo humano.

En este orden de ideas señala Maturana (2017) “Amar educa. Si creamos un espacio que acoge, que escucha, en el cual decimos la verdad y contestamos las preguntas y nos damos tiempo para estar allí con el niño o niña, ese niño se transformará en una persona reflexiva, seria, responsable que va a escoger desde sí. El poder escoger lo que se hace, el poder escoger si uno quiere lo que escogió o no, ¿quiero hacer lo que digo que quiero hacer?, ¿me gusta estar dónde estoy?”, son algunas de las preguntas que aparecen”²

En relación con la biología del amor se evidencian ciertos elementos de la pedagogía del amor: alegría, espiritualidad, tolerancia, asombro y expresividad, como formas de realización o acción que debe ejecutar el docente para promover la valoración y enriquecimiento de la experiencia social de la vida de los estudiantes. Esto conlleva un lugar de convivencia y de sensibilidad, donde el revelar y construir sentidos colectivamente, bajo estas cualidades, consienta el avance pleno e integral de los educandos.

1

<https://eligeeducar.cl/amar-educa-mensajes-humberto-maturana-los-educadores>. Consultado marzo 2019

² IBID



El docente que educa para la alegría desarrolla en sus estrategias un encuentro llamativo, agradable, donde presida y se fortalezca la iniciativa, la motivación, la sensibilidad, la creatividad y el gozo, para hacer del aprendizaje un mundo de aventura y experiencias maravillosas.

Educación para la alegría como un hecho biológico es hacer que el estudiante aprenda a sentir y gustar, sus inquietudes y sueños; pero es también reconocer su tristeza. Educación para la alegría es saber provocar en los formando el deseo de aprender y de ser personas. Para ello se debe acompañar al estudiante a habitar o entrar en su vida, y desde allí saber integrarse para compartir y entender ese mundo especial. La invitación, entonces, es la de crear espacios atractivos y hacer de él un lugar de disfrute.

En relación con alegría se presenta educación para lo espiritual como esa característica que estimula el obrar de la vida diaria, desde la interioridad, a través de la conciencia. Educación desde el enfoque espiritual es reconocer una orientación que no forma parte, ni obedece, al ámbito religioso; pues, describe la inteligencia espiritual como una capacidad interna e inherente del cerebro y la psiquis humana, al respecto señala Zohar, D. y Marshall, I. (2001) “Nuestra inteligencia creadora de significados, contextualizada y transformadora. Una manera de ser que transforma por completo nuestra comprensión y nuestras vidas; porque

poseemos una clase de pensamiento que es creativo, perspicaz e intuitivo”³

Para educar desde la perspectiva espiritual el docente debe promover persistentemente en sus estudiantes que hagan análisis y reflexión sobre su propia realidad. Reconociendo en su interioridad, esa fuerza naturalmente adaptable a contextos conocidos e inesperadas que construye el modo de ser y sentir. El docente debe orientar al estudiante a que reconozca y sienta la gracia particular que nace de él, esa voluntad creadora, entusiasmo, inspiración e ilusión. Educación para la espiritualidad es la misión de enseñar a vivir a los estudiantes colmados de humanidad, circunstancia especial para guiar el ingenio de los educandos y crear auténticos ambientes de convivencia, cooperación y compañerismo.

Otro componente del amor a considerar en la práctica educativa es la de educación para la tolerancia, en donde, los estudiantes aprendan a conservar el control de su actuación desde el respeto, la estima y consideración, la cual, le ayude a desempeñarse apropiadamente frente a las múltiples situaciones que generalmente se vive y distingue en el proceso de socialización de los formando.

Esto supone para el docente enseñar a los estudiantes a saber manejar adecuadamente sus intereses, deseos,

³ Zohar, D. y Marshall, I. (2001) *Inteligencia Espiritual*. Barcelona: Plaza & Janés



necesidades demandantes de respuesta; así como los ritmos y modos de aprender. Educar en la tolerancia es orientar al estudiante a prácticas que les suponga estar siempre dispuestos a escuchar, a respetar y a canalizar sus miedos, inseguridades, timidez, silencio e inclusive los errores, haciéndoles sentir la importancia de los mismos para asumir el aprendizaje.

Afin a la capacidad de tolerancia se añade el asombro, el educador podría desarrollar en los estudiantes la capacidad para sorprender y para dejarse sorprender por la creatividad, la magia, el sueño y la aventura, propio del mundo relacional. Cualidad sensible desde la cual debe moverse para fomentar el imaginario, la sensibilidad y el pensamiento creativo como experiencia de vida y de aprendizaje.

Educar para el asombro es suscitar comúnmente actividades novedosas, donde la capacidad de mirar, escuchar, tocar o contemplar, asienta revelar y descubrir estados de integridad y sorpresa en cada uno de los escenarios, donde el educando tenga la posibilidad de expresarse, y construir nuevos conocimientos.

Dentro de la pedagogía del amor se hace fundamental integrar el valor de la expresividad como parte de la biología del amor, es decir el lenguaje que origina lo humano, la palabra como enunciado de vida, como evento del ser. Germen de comunicación, información y disfrute, el cual debe ser desarrollo en los estudiantes.

Educar para la expresión estimula a que el docente fomente en los estudiantes la escucha atenta. En donde el estudiante valore la palabra y reconozca en ellas todas las posibles formas de expresión y representación para evocar situaciones, deseos, sentimientos y acciones, a saber: gestual, corporal, pictórica, plástica, musical, dramática y escrita, bajo un clima de confianza y respeto.

Tal vez no exista un método único que garantice el buen desarrollo de la enseñanza de los Valores. Por ello es necesario plantearse nuevos desafíos y perspectivas, partiendo del horizonte de que los valores son ante todo una experiencia personal, un medio de formación de lo relacional y lo comprensivo de cada persona. Se considera importante que, para incursionar al escenario de la enseñanza de los valores, en especial la enseñanza del valor del amor, insta la atención de los elementos necesarios que constituyen el proceso de enseñanza aprendizaje, tales como: espacio, educando, educador y estrategias, ajustadas en una relación de conjunto.

Esta práctica para enseñar los valores, en especial el valor del amor, supone como bien lo señala Maturana (1997), “abrir un espacio de interacciones recurrentes con otro en el que su presencia es legítima sin exigencias”⁴ (Pág. 73)

⁴ Maturana, H. (1997). Formación humana y capacitación. Santiago: Santiago de Chile: Chile, Dolmen Ediciones. Dolmen Ediciones.



Desde el planteamiento de Maturana, se considera que La Biología del amor como vertiente del pensamiento moderno posibilita una nueva dimensión formativa en la enseñanza de los valores, en especial el valor del amor. Partiendo de un acto de auténtica acción mutua entre los docentes y estudiantes, en un encuentro con la experiencia de cada uno, y cuyo cimiento principal sea la expresión del ser desde sus sentimientos y pensamientos. Proceso que promueve, ante todo, la autonomía del estudiante desde una mirada amorosa.

Educación es reconocer que nuestra misión nos exige propósitos. Desde este contexto estamos convocados a descubrir la novedad de educar, arriesgándonos a ser y pensar de otra manera. Desde el ayer es imposible construir un mañana diferente. Ojalá el horizonte de educar para el amor y la fraternidad se convierta en decisión, en la que estamos llamados como hombres a ser auténticos dialogantes, a ser artesanos de paz, uniendo y no dividiendo, abriendo sendas y no levantando nuevos muros.